

LUZ EN EL PRISMA

El Mtro. Fco. Gavidia

Por el Prof. Francisco Hernández Urbina

Hace once años que tuve el singular privilegio de dialogar con don Francisco Gavidia, intelectual que, con Sarbelio Navarrete y Alberto Masferrer, constituyen la trilogía más eminente del humanismo salvadoreño.

Fue una conversación fugaz, pero de condición feliz, pues la sabia expresión del maestro aún palpita en mi cerebro.

Claro que, cuando me acerqué a él, muchos y muy connotados preceptistas hispanoamericanos lo habían perfilado como un innovador de las letras castellanizas; un intérprete del clasicismo francés; un introductor del alejandrino; un adaptador del exámetro a la lengua cervantina y un admirable traductor del más alto pensamiento griego, latino, alemán, italiano e inglés, sin desconocer — así me lo dijo — la preciosa lengua danesa; la misma que Rainer Maria Rilke necesitó aprender para traducir, con incomparable fidelidad, algunos cuentos magistrales y la inquietante novela "Ensayo y Realidad", del originalísimo Jacobsen.

Además, yo había sabido de la admiración que por él manifestara Rubén Darío, cuando el vate nicaragüense viviera en El Salvador, lo mismo que del sacudimiento intelectual que produjeron en América y España sus famosos poemas "Ofrenda del Braman" y el dedicado a los próceres de Centro América.

Bien se comprende, entonces, que la información que yo llevaba no era como para hacer escarceos literarios, ni para permitirme actitudes eruditas, frente a tan ilustre personalidad. Sin embargo — creo que siempre será así — fue de tal manera el acogimiento que me hizo, que no tardé en sentirme como un viejo amigo suyo, o si se prefiere, como el más antiguo discípulo suyo, presto a oírle sus parmisinosas y fecundas exposiciones.

Me habló, en apretadísimo capítulo, de poesía antigua y moderna, de libros y autores y de algunas traducciones y traductores ejemplares. Y también me habló, brevemente y con aplomo, de ciertas y vagas esperanzas por restaurar siquiera una especie de buen sentido en la política vernácula, preocupado — sin duda alguna — por el visible hundimiento de la sana razón.

Don Francisco Gavidia fue un escritor y poeta de prosa lapidaria y de verso rumoroso, polifónico y de inconfundible severidad interior. Precisamente, esto último, lo hizo tan conciso a veces, que casi llegó a lo impracticable, casi se tornó anfibológico; situación que se apreciaba, cuando sin ostentaciones y en docta palabra, hacía la disección de algunos de los capítulos y conceptos que eternizaran al más grande de los pensadores de la humanidad, Aristóteles, y de los no menos inmortales de Cicerón y Quintiliano.

No olvidaré jamás la brillante intervención que hizo, en respuesta a una interrogación que se me ocurrió, respecto del Clasicismo y el Romanticismo. Creo que nunca he puesto tanta atención, como entonces, por lo que bien puedo — salvando cuestiones de tiempo y desarrollo cultural — reconstruir aquella explicación. Me dijo, el maestro, que el Romanticismo y el Clasicismo podían conceptuarse como dos estados anímicos sustancialmente antitéticos, aunque de aparente trabazón en el área filosófica y en su aspecto literario; que tales estados de ánimo reflejan, invariablemente — y cada uno en sus dominios — la oposición entre un mundo y un supermundo, o sea lo que en *sermo communis* se llaman *realidad o idealidad*; que ese mundo o realidad es denso, pesado, sofocante, abrumador y permanen-

temente practicable, mientras que el supermundo o idealidad es de naturaleza evanescente, ilusorio, tornasolado, impracticable y tan ilusorio, que por eso arroba, arrastra, conforma y guía, aun en la insondable tiniebla de las hondas preocupaciones, porque ese supermundo es, por sí mismo, una preocupación. La realidad, acentuó, al desdoblarse en arte, al plasmarse en manifestación imaginativa, se desintegra en "apariciencia" y en "esencia", predominando aquella sobre ésta y generando, por consecuencia, el llamado Romanticismo. Esta actitud es, entonces, prevalencia de la relampagueante intuición — como dijera un crítico italiano — que al bastarle aprisionar un "destello de la fugaz realidad", se conforma y yergue dispuesta siempre a reverenciar el impulso creador, aunque su sujeto resulte impreciso, indeterminado. Por ahí se explica, según esta desconcertante y un tanto mecanicista tesis, la calidad fantasmagórica del hecho romántico, calidad que inmediatamente lo extremiza frente al Clasicismo, ya que éste realiza y proclama la apariencia, sí, pero acabada, perfecta y en constante resolución de todo contenido.

Aunque la tesis del maestro tiene resplandores de novedad, no es — sin embargo — sino la ya lejana discusión del espíritu y materia, nada más que esta vez corresponde al espíritu, a la mente, a la intuición, explicar su propio funcionalismo fenomenológico, desde un ángulo esencialmente estético. Es la vieja tesis de la paradoja de la idea pura, aceptando también la realidad, como existencia inobjetable. Y aunque no hay duda de que esta dicotomía es apasionante, como forma de conocimiento, no va más allá de ser relativa y aproximada, como lo es todo criterio que pretende dividir el alma, el espíritu, el "yo", alzapirando o sobajando fenómenos extraídos, "a priori", de conformaciones psicológicas mecánicamente construidas o prefabricadas.

La explicación de actitudes filosóficas o artísticas, desde los ángulos considerados, sólo hace retroceder a posiciones infundadamente idealistas y mecanicistas, como la del intuicionismo, que flotan irremisiblemente cuando se las enfoca con método filosófico-científico. Claro que de ninguna manera estoy desmoltando la intervención del maestro Gavidia, pues él no fue sino el resultado de un acomodamiento de su cerebro a vaguedades sico-metafísico-estético-religiosas, contenidas en la Filosofía hindú, en la Cosmogonía de la India y de algunos pueblos orientales, y en el Ramayana y el Mahabharata, de los inmortales Viasa y Balmiky, respectivamente. Y fue también la consecuencia de su amoldamiento a las concepciones bergsonianas, sobre la frescuera de intuición y la "razón del sentido común" (Maurais), que tanto campo ocuparon en la agonia del siglo XIX y en el primer cuarto de este siglo. Porque recuérdese que Bergson habló de imágenes evocadas por cierto estado del cuerpo, de cerebros cernidores que dejan pasar sólo imágenes útiles para la acción, de cerebros considerados simplemente como órganos transmisores entre el espíritu y los órganos motores, de cerebros que establecen conexiones entre el espíritu y el cuerpo. Recuérdese que Bergson habló de liberar pensamientos infinitamente preciosos, mediante la muda y simple contemplación interior; de que la vida interior ignora la cantidad, ya que su dominio es la calidad; de descubrir y describir nuestras visiones, sueños, emociones, pasiones y sentimientos, mediante el proceso discursivo; de la intuición, como po-

der racional — el más eficaz de todos — capaz de restablecer factores como la duración, en casos o errores como el de la famosa afora "Águilas y la Tortuga", de Zenón de Elea. Recuérdese que Bergson habló, igualmente, de la inteligencia surgida de la lucha entre el cuerpo y el espíritu, y de la imperfección de la misma, como instrumento destinado a explicar la vida; del impulso vital común a todas las formas de vida y como ente capacitado para conquistar y señalar la integración de las especies, como emanaciones de una sola y misma fuerza: el soplo vital; de la evolución, como simple consecuencia de la voluntad creadora, etc., etc. Todas estas posiciones fueran conocidas a fondo por el intelectual salvadoreño, y a menudo se le ve surgir en varios de sus escritos y en sus concepciones poéticas.

Al referirse a la amistad de Darío, y más aún a la influencia que según se dice ejerció sobre aquel poeta, el maestro Gavidia sólo se concretaba a decir que su encuentro con él había sido un mero accidente, probablemente ocasionado por lo reducido del medio, por la comunidad de ideales de ambos y por ser los dos las figuras más señeras del lugar. Darío — decía — desde el primer momento hacia sentir su presencia de poeta, y también desde el primer momento se le descubría su afán y avidez por aumentar y superar su capacidad creadora. Nunca vi una mente tan sutil para penetrar en el no siempre generoso y pródigo ámbito de la poesía y el verso.

Al hablar de la corriente modernista, estuvo de acuerdo en que era una extraña mezcla de romanticismo, parnasianismo y simbolismo; sin señalar que ese movimiento no era sino el esfuerzo obligado de la nueva situación económica, política y social engendrada por el industrialismo, cuyos ideólogos o capitanes de la cruzada no tardarían en verse "extraterritorializados de la realidad". Con todo, se solazaba garantizando que la nueva escuela había respondido, como ninguna, en la renovación de valores estéticos, lo mismo que en el suministro de materiales impresionantes, complejos, refinados; de un emocionante sentido musical; de habilidad suma en el manejo de las formas; de un inquietante delirio y de una fidelidad absoluta a las leyes rítmicas del idioma. De ahí que originara un verso de penetrante suavidad, aunque ayuno de toda clase de beneficios a la generalidad. Lo mismo que Darío, jefe máximo de la nueva escuela, don Francisco se ufanaba de haber "puesto su granito de arena", en la europeización de la mentalidad y la sensibilidad de la Europa poética decadente, y de haberle dado, en cierta forma, una verdadera orientación y contenido a la generación del 98 en España.

Antes de finalizar estas notas, deseo recordar, que con ocasión de haber presentado, al maestro Gavidia, el doctor Mario de la Cueva, ex-Rector de la Universidad de México, acto que se efectuó en la biblioteca privada del intelectual salvadoreño, el ilustre abogado mexicano — después del saludo de rigor — preguntó al anciano poeta en qué estaba entretenido, en el preciso minuto en que hablamos. Y el maestro Gavidia, con sencillez de sabio, contestó, que esa mañana — y para no olvidarse de los clásicos — se había propuesto trasladar del griego antiguo al latín clásico, "El Sueño", de Escipión El Africano. Y en efecto, sobre su escritorio pude constatar alguna páginas escritas en las lenguas que acababa de mencionar. Aquel hecho nos dejó paralizados y nos avergon-

VALOR y MIEDO

Por M. de GABARAIN

Se tiene por axiomático que el llamado valor y el llamado miedo significan los polos contrapuestos de la conducta ante el peligro; pero sobre ese punto tenemos mucho que hablar.

Después de verse despreciado por sus compañeros por falta de arrojo, uno de los que se gulean al Cid acabó por superarles en hazañas. Y era el mismo. Al principio tuvo miedo a la muerte. Luego, al ridículo. Pero siempre fue el miedo lo que guió sus actos. Lo contrario le sucedió al capitán Callejo, premiado con el máximo galardón — la Cruz Laureada de San Fernando — en las campañas de Cuba, y fusilado dos años más tarde por cobarde.

Con doce años de guerra ferroz sobre mis hombros — campaña del Rif, guerra civil y segunda mundial — me creo algo autorizado a opinar sobre la materia. Mis actos de valor, ya le generados — tres condenas a muerte presente, once balazos, evasión de las manos de la Falange, de los campos de concentración franceses, de la Gestapo; dos duelos a muerte, cien combates y doscientos bombardeos, tres años de *maquis* con mi hospital clandestino, destruido por los alemanes y hoy declarado monumento histórico, etc. etc. — son poco corrientes en la vida de un solo individuo. Cuando en 1937, en Santander, por una apuesta, me lancé de 2.000 metros desde un sesquilano Bréguet con un paracaídas primitivo, estuvieron a punto de recluírme, porque las gentes, con tanto buen sentido como rencor, prefieren llamarle a uno loco, que valiente; pero la verdad es que lo hice con la carne de gallina y con una tempestad intestinal que recordaba el cólera. Y cuando, hace año y medio, aquí en San Isidro, me eché al ruedo para reorrear un zebú gigantesco que había sembrado el pánico y herido a varios toreros, ni la idea de morir ni la de sufrir el menor varetazo me seducían lo más mínimo. Fanfarón, como buen español, cometí esa nueva majadería porque, al llamar pendejos a los muchachos, alguien murmuró si yo no lo sería mucho más.

Cuando una señora le preguntó al "Guerra" si no tenía miedo a las cornadas, el gran torero le contestó: "Zefiora, má cornda el hambre".

DR. FERNANDO MONTALTO
APARTADO N° 4460
SAN JOSE

LABORATORIO CLINICO ENRIQUE SOLERA
200 vs. Norte del Mercado
ALAJUELA

BOTICA CENTRAL
ANIBAL AMADOR
JUAN VIÑAS
TEATRO AMADOR

Sastrería
Jesús López
ALAJUELA

La inminencia del riesgo original, es un jefe del bando francés — no sé si el mariscal de Sajonia o el Duque de Richelieu — gritó cortésmente: "¡Caballeros ingleses, tirad primero!" Y, en efecto, esto parece todavía un alarde de hidalgüía y de valor sublimo. No hay tal. Unos y otros llevaban fusiles de chispa, cuya carga requería varios minutos, de modo que, una vez que los ingleses hubieron tirado, sin gran peligro para los franceses, éstos pudieron avanzar tranquilamente, y tirar a quemarropa, antes de que los otros hubiesen podido cargar sus armas, obteniendo así una victoria totalmente inesperada.

En la mitología griega Aquiles simboliza el valor sumo. Pero si se tiene en cuenta que el hijo de Tetis tenía un solo punto vulnerable, el talón que su madre no sumergió en la laguna Estigia, no tenía el menor mérito al combatir de frente, y si al volver la espalda al adversario, pues que su punto vulnerable estaba situado en el plano dorsal.

Los Parthos, famosos por su destreza en el arco, nunca disparaban sus flechas hacia adelante, sino hacia atrás desde su caballo. ¿Podemos por ello mojarles de cobardes? No precisa ser muy versado en mecánica para concluir que un flechazo disparado contra alguien que se acerca, es mucho más penetrante que si se tira contra alguien que se aleja. Tampoco hace falta ser un gran anatómico para saber que, en general, las heridas dorsales son menos peligrosas que las ventrales.

La Historia trata de magnificar sus horrores con el relato de innumerables prodigios de valor marcial; pero si se tiene en cuenta la suerte que aguardaba a los vencidos — *voe victis!* —, entre morir ensartados en el calor del combate, o lentamente empalados, como los cobardes de Timur o los cautivos de Gengis-Khan, la elección no era dudosa. Sin contar con que uno tiene más probabilidades de salir ileso, de frente y atacando, el soldado sabe que, además, en tal caso se cubre de gloria. Por el contrario, si recula y así sale indemne, le espera el dictado de cobarde y el pelotón de ejecución.

Lo primero que hace un gato amenazado es huir. Pero si se ve acorralado, se defiende cara a cara, panza arriba. ¿Por qué? Porque ya no es miedo, sino terror pánico lo que siente.

Cuando las hembras de los rumiantes ven llegar al lobo o al tigre, forman un círculo en cuyo centro colocan a sus crías, a las que defienden, a cornadas, haciendo frente al enemigo. Si se trata de yeguas, de cebras o camellas, también forman análogo círculo; pero lo defienden a ceces, para lo cual deben de volver grupas. ¿Vase por ello a decir que las primeras son valientes, y cobardes las últimas? En tal caso el mérito no dependería de la conducta, sino de la anatomía.

Todavía están los franceses orgullosos de sus antepasados en la batalla de Fontenoy. Una vez a tiro de mosquete de los ingle-

ses, un jefe del bando francés — no sé si el mariscal de Sajonia o el Duque de Richelieu — gritó cortésmente: "¡Caballeros ingleses, tirad primero!" Y, en efecto, esto parece todavía un alarde de hidalgüía y de valor sublimo. No hay tal. Unos y otros llevaban fusiles de chispa, cuya carga requería varios minutos, de modo que, una vez que los ingleses hubieron tirado, sin gran peligro para los franceses, éstos pudieron avanzar tranquilamente, y tirar a quemarropa, antes de que los otros hubiesen podido cargar sus armas, obteniendo así una victoria totalmente inesperada.

"Que Dios te libre de un cobarde apretado" — dicen los gitanos. El encienque Vidal y Planas, mató de un tiro al heredero y matón Luis Antón del Olmet; después de haberle tenido que aguantar los más crueles insultos y las más intolerables vejaciones durante muchos años. Nuestro Director y colega el Dr. Mourelo recuerda, sin duda, a Martínillo, el gran perdonavidas de Salamanca, que llegó a ser diputado y dueño del juego en el casino. Solía pasar los billetes de lotería sobre la joroba de un pobre viejillo, y luego trataba de consolarle pagándole un trago. Un día fue el jorobado el que invitó. Después de escupir en el vaso, se lo dio a beber al terrible Martínillo. Ante el asombro de todos, éste se lo bebió. El jorobado tenía la pistola amartillada bajo la capa.

En España, en donde de tiempo inmemorial se rendía un culto supersticioso al valor, éste se simbolizaba en el toro bravo de lidia. Y, por el contrario, se tenía al caballo por animal leal y noble, pero tímido y mansueto. Todo es literatura. En primer lugar, el llamado valor viril es miedo, no ya individual, sino de la especie. Cuando en la corrida el presidente decide echar un toro al corral, se sacan al ruedo los cabestros, los bueyes, mucho más serenos, y a los que el toro sigue sumiso. Es porque el buey ya no tiene el miedo viril, no tiene la responsabilidad colgante — y harto vulnerable — de millones de vidas posibles. El caballo amenazado vuelve grupas por dos razones: por su celeridad y, porque, como decíamos arriba, sólo puede cocear hacia atrás, como los Parthos. En cambio el toro, solamente puede huir tras la invulnerabilidad de sus defensas, sólo puede huir hacia adelante.

Para terminar, cuando se mata al enemigo, no es por exceso de valor, sino al contrario, porque se ha perdido la serenidad, porque se le teme vivo. Por miedo. De modo que, en definitiva, sólo hay miedo. Lo primero, un miedo tranquilo, sereno. Cuando este miedo llega al paroxismo, entonces se llama valor. Y los actos de abnegación, de sacrificio, de generosidad, de heroísmo, son tanto más meritorios cuanto mayor es el miedo que experimenta el que los realiza.

San Isidro de El General. 1956

CENTRO BAHÁ'Í
(Frente al Seguro Social)
PROGRAMA DE ACTIVIDADES
LUNES—6:30 a 8:00—Biblioteca abierta al público.
MARTES—7:30 a 7:00—Charla Bahá'í
MIÉRCOLES—6:30 a 8:00—Biblioteca abierta al público.
JUEVES—6:30 a 8:00—Biblioteca abierta al público.
VIERNES—7:30 a 9:00—Clase de profundización para interesados.
SABADO—
DOMINGO—3:00 a 5:00—Lectura y comentarios.
Se invita a este Centro a todas las personas que lo deseen, sin ningún compromiso de su parte, en los días y horas indicados.
GRUPO DE LOS BAHÁ'IS DE ALAJUELA.

Evite
LAS QUEMADURAS DE SU NIÑO
USANDO
Crema-Alba
PREPARADA POR
LABORATORIO CENTRAL
J. B. ORTIZ E.
SAN JOSE, COSTA RICA

Ayude a sostener el
HOSPICIO de ANCIANOS
DE LA CIUDAD DE ALAJUELA

para ecuanimidad...
antídoto de la ansiedad,
prácticamente atóxico...

Ecuanimil

no produce acostumbramiento • no tiene contraindicaciones

Meprobamato

En un periódico salvadoreño, que por casualidad leí hace poco, encontré la noticia de que don Francisco había muerto. Y entonces pensé: ha muerto el último y más eminente de los humanistas salvadoreños, pues los otros dos, don Sarbelio Navarrete y don Alberto Masferrer, ya habían penetrado en la noche sin fronteras de la muerte.

Para los tres, mi póstumo y sincero tributo de admiración, y el buen deseo de que el gobierno salvadoreño les erija las estatuas que bien se lo merecen y publique sus obras en ediciones especiales.

Francisco Hernández Urbina
Cartago, abril de 1956.